

Padre José María Valente Bover S.I

Parábola de las bodas reales. 22, 1-14.

Esta nueva parábola, análoga a la anterior, difiere de ella, no sólo en la imagen, sino en la mayor precisión de su contenido. Su base o punto de partida es la concepción tradicional del Reino de Dios y de los días mesiánicos bajo la imagen de un banquete de bodas, al cual invita Dios a los hombres. Dos partes se distinguen marcadamente en la imagen parabólica: las dos series de invitados: la de los primeros, que, no contentos con desdeñar la invitación, maltratan a los mensajeros del rey que vienen a invitarles, y son por ello duramente castigados; y la de los últimos, que aceptan la invitación, si bien no todos son definitivamente admitidos al banquete.

La significación de esta imagen es manifiesta. Los primeros invitados representan a los Judíos; los últimos, a los gentiles. Y en este sentido esta parábola completa la anterior. En la de los pérfidos viñadores la conclusión era: «Os será quitado el Reino de Dios, y se dará a otra gente». Esta «otra gente», que allí sólo vagamente se anunciaba, aquí se declara particularmente: es la segunda serie de los invitados. Con todo, no es ésta precisamente la moraleja con que el Maestro concluye la parábola de las Bodas reales, a lo menos en la relación compendiosa conservada por San Mateo, sino otra más general, que abarca entrambas series de invitados, Judíos y gentiles: «Porque muchos son llamados, mas pocos elegidos». En cuya interpretación hay que guardarse de temerarias determinaciones numéricas, cuyo secreto Dios se ha reservado. No quiere decir el Señor ni que todos los Judíos son reprobados, ni que todos los gentiles, a excepción de uno solo, son elegidos; ni tampoco que sean más o que sean menos los elegidos que los reprobados; sino simplemente, hablando a nuestra manera, que no todos los llamados son elegidos.

Otra enseñanza no menos importante que la misma moraleja se contiene en esta parábola y en la precedente: lo que en ellas se dice del «hijo», sea del dueño de la viña, sea del rey, que representan a Dios Padre. Tanto en la una como en la otra el hijo está muy por encima de los siervos o criados y pertenece a la misma categoría del padre. Más en particular, en la parábola de los viñadores el hijo es el «heredero», que, tratándose de Dios inmortal, no puede significar sino participante en el dominio sobre la viña. Y si la viña es Israel, cuya propiedad a sólo Dios corresponde, Cristo, propietario de la viña, necesariamente ha de ser Dios. Y en la parábola de las Bodas, si éstas representan los espirituales desposorios de Yahvé con Israel, si, por otra parte, el Esposo es el Hijo del Rey, necesariamente este Hijo del Rey desposado con Israel no puede ser otro que el mismo Yahvé, es decir, que Cristo es Dios. Con esta disimulada declaración de su divinidad Cristo enseña las credenciales de sus poderes, que los jefes de los Judíos le habían pedido al principio.

***(José M. Bover, S.L., el Evangelio de San Mateo, Ed. Balmes,
Barcelona, 1946 pág. 389-391)***